

Significado y sentido de la muerte en el mexicano

Agustín Basave Fernández del Valle

Podemos estudiar transempíricamente, desde la vida, la significación y el sentido de la realidad del morir del mexicano. El ser de la muerte es un terminar de un ente itinerante. Muerte es liquidación existencial definitiva. Trátase de una liquidación humana libre, sin posibles adiciones o reformas, y totalmente personal, en que no caben trampas.

En mi obra "*Metafísica de la muerte*", he apuntado los caracteres esenciales de la estructura ideoesistencial de la muerte, que no son privativos de un determinado tipo nacional y se aplican, consiguientemente, al mexicano: la muerte presenta universalmente estos caracteres esenciales:

1) Posibilidad, actualizada en tanto que posibilidad, que nos está siempre presente como una amenaza cierta y delimitante; 2) riesgo ineliminable que condiciona cualquier posibilidad determinada (por ejemplo ser arrebatado a la familia, a los amigos y a mí mismo en mi actual situación de espíritu encarnado), que me incita a la fidelidad conmigo mismo y a la fidelidad con Dios; 3) término incierto: término, porque se trata de un acontecimiento futuro y de realización cierta; incierto, por lo que atañe a la época de su realización; 4) conclusión única y definitiva —sin posibles adiciones ni reformas— del miyo-programa; 5) desgarramiento inevitable y soledad devoradora del trance. Además de ruptura y disonancia, la muerte tiene un carácter de opresión torturante de la nada. 6) En la muerte nuestro ser adoptaría definitivamente su medida: moriremos con amor, en comunión con los otros y abiertos a Dios, o con odio, excluyendo a los demás y replegándonos sobre nosotros mismos. En ese sentido, la vida es preparación para la muerte; 7) la muerte es inherente a la vida. Marca su fin y configura definitivamente su trayectoria. Nos revela nuestro límite absoluto y nos muestra lo abierto, puro y simple. 8) La muerte, en los hombres, no tiene un sentido

¹ Editorial Limusa, Méx. 1983.

unívoco, sino análogo. Hay miles de modos diversos de morir. Y sin embargo, todos ellos conservan una unidad o conexión fundamental: son modos de morir humanos. Mientras que para los animales la muerte es un puro acaecer natural, para los hombres la muerte es un problema, un drama extraño y difícil; 9) la muerte corporal no puede afectar al espíritu. Mi persona no está, en su propia esencia, abocada a la muerte sino a su perfección en la eternidad.

El mexicano, a diferencia del norteamericano, no elude la idea de la muerte. Se está dibujando, continuamente, frente a la inmovilización mundana final. La muerte le ilumina el significado de tantas y tan diversas gesticulaciones de la figura de este mundo pasajero. Sabe que se muere, en la mayoría de los casos, como se vive. Por eso exclama ante una muerte violenta: "se la buscó". "Muerte de cristiano o muerte de perro son maneras de morir que reflejan maneras de vivir"². En consecuencia, no cabe generalizar en el sentido factual y agnóstico, como lo hace Octavio Paz: "para el mexicano moderno la muerte carece de significación. Ha dejado de ser tránsito, acceso a otra vida más vida que la nuestra. Pero la intrascendencia de la muerte no nos lleva a eliminarla de nuestra vida diaria"³ ¿Quién es ese mexicano moderno? ¿Una reducida minoría de intelectuales agnósticos? ¿Cabe identificar a la inmensa mayoría del pueblo mexicano, que sigue siendo católico, con esos agnósticos o nihilistas de café? Hay una falta de congruencia entre la afirmación: "Nuestra indiferencia ante la muerte es la otra cara de nuestra indiferencia ante la vida"⁴ y la aseveración: "Por la fe católica los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo... Se olvida con frecuencia que pertenecer a la fe católica — escribe Octavio Paz— significaba encontrar un sitio en el Cosmos"⁵. Yo diría que pertenecer a la Iglesia católica significaba y sigue significando encontrar un sitio en el Cosmos. El pueblo mexicano, pueblo religioso, puede a veces estar cerrado al exterior, pero siempre está abierto a lo ultraterreno. Los misioneros españoles nos trajeron un orden hecho para perdurar. El catolicismo es la fuente de vida del pueblo humilde, de la clase media y, en general, de la inmensa mayoría de todos los estratos sociales. Puede haber mejores y peores católicos, mexicanos que en el ocaso de su vida frecuentan los sacramentos y mexicanos que nunca —en la juventud, en la madu-

² O. Paz. *El laberinto de la Soledad*, fondo de Cultura Económica, México 1976, 4a reimpresión, p.48

³ Opus Cit., p.51

⁴ Opus Cit., p.52

⁵ Opus Cit., p.92

rez y en la vejez— se han olvidado de su Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, con todo el tesoro de sus riquezas espirituales. Pero a la hora de la muerte se busca, siempre que se puede, al sacerdote para que administre los últimos sacramentos. Después, se instala la capilla ardiente, se suceden los rosarios y las oraciones, los familiares y amigos del difunto asisten a una misa de cuerpo presente y despiden con oraciones fúnebres, en el camposanto, los restos mortales del desaparecido.

Ante un mundo contemporáneo que se conduce como si la muerte no existiera, el mexicano adula, festeja, cultiva, desafia y se abraza a la muerte, pero se entrega al nihilismo. El día de los santos difuntos —2 de noviembre— come calaveras de azúcar, asiste al teatro para contemplar las macabras escenas de Don Juan Tenorio, sopera pozuelos de chocolate con pan de muertos, deposita ofrendas sobre la fría losa en el Panteón Municipal.

Ningún pueblo, como México, cuenta con mayor número de apelativos para la muerte: "La llorona", "la impía", "la chicharra", "la igualadora", "la chinita", "la segadora", "la apestosa", "la tía Quintera", "la polveada", "la cierta", "la patrona", "la triste", "la chicharrona", "la raya", "la blanca", "la tostada en persona", "patas de catre", "la mera catrina pelona", "la hora de la petateada"... Ante los seres queridos —familiares, amigos, compadres—, "el mexicano extrema el temor y el duelo. La frialdad —observa Joaquín Antonio Peñalosa— se deshace en lágrimas, la valentía en fragilidad, la desestima en suspiros. *Sólo el que carga el cajón, sabe lo que pesa el muerto*"⁶ Se dice que el mexicano se ríe de la muerte. Pero esta risa es también —implicación necesaria— una risa de la vida. Su actitud oscila entre el humor macabro, la gracia socarrona y el aparente desenfado. No falta, en ocasiones, el fanfarrón que se habla de tú con "la calaca" y que alardea diciendo que "la muerte le hace los mandados", y que "los difuntitos le pelan los dientes". José Guadalupe Posada se ha significado en México, y en el mundo entero, como el pintor festivo de la muerte. El bardo anónimo escribe coplillas y corridos para burlarse de la muerte:

"Fui tras de ti a los sepulcros
a buscarte, y no te hallé,
les pregunté a los difuntos:

⁶ J.A. Peñalosa, *Vida, pasión y muerte del mexicano*, ed, Jus, México D.F., 1987, p.157

¿en dónde la encontraré
para hacernos polvo juntos?"

No sólo se busca perderle el respeto a la muerte, sino hasta se procura ofenderla:

"Señora del manto negro,
qué bien le sienta a usted el luto,
vámonos queriendo bien
y olvidemos al difunto".

Al amigo se le dice, en tono de broma: "se me hace que te voy a cafetear" (en los velorios mexicanos se toma café solo o con "piquete").

"Pocas realidades como la muerte, se expresan en México con tal derroche de nombres. Pasa una lujosa procesión. La muerte es la calaca, la pelona, la canica, la copetona, la catrina, la mocha, la dientona, la huesuda, la flaca, la descarnada, la tilica, la tembeleque, la tilinga, la pachona, la afanadora, la pepenadora, la pálida, la chirifusca, la china Hilaria, la jjurria, la tiznada, la tía de las muchachas, la madre Matiana, la güera, la jedionda, la cuatacha, todo eso es la muerte ciriquisiaca y, si se pone uno elegante, es además la novia fiel, la amada inmóvil, la hora de la verdad, la parca cruel, la dama de la guadaña y otras voces de carretonero de mucho viso y sonoridad"⁷. No conozco país en el mundo que nos iguale en número de expresiones sobre la muerte, en familiaridad y jugueteo con la idea de morir, en refranes populares y en actitudes retadoras o despectivas. Luis Cabrera apunta que morir es el verbo más irregular que conjugamos en México: "Yo muero, tú falleces, él sucumbe, nosotros nos restiramos, vosotros os petateáis, ellos se pelan".

Dentro de una interpretación nihilista, Octavio Paz asevera que "la muerte mexicana no da ni recibe; se consume en sí misma y a sí misma se satisface"⁸. Dentro de una interpretación acorde con nuestro estoicismo cristiano, podemos sugerir que al mexicano no le atrae la muerte con sus huesos mondos y su mueca espantable, pero supera el miedo, soporta la prueba y renuncia a quejumbrosos lloriqueos. Las ganas de vivir y el temor de morir se disfrazan, se disimulan para no perder la figura. Por eso se habla de la muerte en fiestas, juegos y relaciones amorosas. No es que el mexicano postule la

⁷ Ibid., p.155

⁸ O. Paz, *Opus Cit.*, p.53

intranscendencia del morir porque antes ha postulado la intranscendencia del vivir. Es que sabe que *tiene que morir* y asume su destino mortal: "sólo los guajolotes mueren la víspera", "para qué son tantos brincos estando el suelo tan parejo". Más allá de ese fatalismo de sabor azteca: "si me han de matar mañana, que me maten de una vez", priva la esperanza de nacer a una nueva vida, a la verdadera vida que por nacimiento humano no poseemos: "cuando la de malas llega — dice nuestro pueblo — la de buenas no dilata".

Esa esperanza cristiana en el más allá —viva, operante— triunfa, en los mismos indígenas conversos, sobre la visión de la muerte en el México antiguo. Vale la pena detenernos para considerar el sentido de la angustia y de la muerte en el pueblo náhuatl.

La flor y la muerte están indeleblemente unidas en la vida y en el pensamiento del mexicano. Lo que germina y florece concluye en la muerte. En la cosmogonía náhuatl, los dioses, al ver la tierra, decidieron darle una forma. Transformados en dos enormes serpientes los dioses circundan, estrechan, aprietan violentamente el monstruo-tierra y la dividen en dos partes: cielo y tierra. "Entonces, para resarcir a la Señora de la Tierra del daño enorme que los dioses le habían hecho, bajaron todos los demás a consolarla y darle dones. En recompensa le dieron que de sus carnes saliera cuanto el hombre necesita para sustentarse y vivir en el mundo. Hicieron que sus cabellos se mudaran en hierbas, árboles y flores. Su piel — dice el texto náhuatl — quedó convertida en la grama de los prados y en las flores que la esmaltan. Sus ojos se transformaron en pequeñas cuevas, pozos y fuentes. Su boca en cuevas enormes, su nariz en montes y valles. Esta es aquella diosa que llora algunas veces por la noche, anhelando comer corazones de hombres, y que no quiere quedar en silencio en tanto que no se los dan, y no quiere producir fruto, si no es regada con sangre humana". Esta tenebrosa y llorona diosa de la Tierra y de la Muerte ha surgido de un pueblo empavorecido, obsesionado con la idea de la muerte. Dentro de la convulsión orgánica — caótica por momentos — se levanta la Gran Devoradora de la vida.

Un artista genial que ha permanecido en el anonimato, esculpió la deidad azteca denominada Coatlicue — madre de Huitzilopochtli, dios de la guerra — que está ahí de pie, para que la veamos completa, pero que parece haber sido forjada para arrastrarse como las serpientes. A Coatlicue no se le puede rezar. Nada se le puede pedir. Es una triste, terrible fatalidad. Su poder sin rostro nos aniquila. Su cuello rodeado de corazones humanos y de manos cortadas

— a manera de collar — nos espanta. En vez de pies, la diosa nos presenta sus garras de fiera. Sobre el vientre, cerca de los órganos sexuales, se yergue una gran calavera. ¿Cuál es el destino del hombre, sino el retorno a la matriz sombría? Sólo las que mueren de parto y los guerreros que fenecen en acciones bélicas se incorporan al cortejo del sol desde la alborada hasta el ocaso.

Yo no creo que la calavera, omnipresente en las más populares formas del mundo azteca, haya sido el símbolo de la vida como lo afirma Paul Westheim. La calavera es la mística del terror en fría apoteosis. Claro está que la vida y muerte se implican.

Las calaveras de azúcar que se venden el día de difuntos presentan sobre el blanco — color de hueso, color de muerte — unos brillantes y vivos ojos dorados. La sensibilidad del mestizo — impregnada de esperanza cristiana por los evangelizadores — ha querido estampar el color de la vida — color de polen — para encararse con la muerte y decirle: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?”. La calavera de azúcar está destinada a comerse para transformarse en vida, así como la semilla se entierra en el suelo para germinar.

La muerte — al lado del amor — es la constante más significativa de la poesía mexicana. Pero habría que distinguir — cosa que no se ha hecho — la cosmovisión tétrica, nihilista, tremebunda de nuestros indígenas precortesianos, de la visión cristiana del México novohispano y del México independiente y mestizo.

En un poema de la región de *Huexotzingo* se canta el triunfo de lo marchito y de la nada:

“Sólo vinimos a dormir,
sólo vinimos a soñar:
¡no es verdad, no es verdad que vinimos a vivir en la tierra!
Cual cada primavera de la hierba así es nuestra hechura:
viene y brota, viene y abre corolas nuestro corazón:
algunas flores echa nuestro cuerpo: ¡se marchita!”

Nuestro destino es descarnarnos, perecer para siempre. Así está escrito en el Canto Huexotzingo:

“Meditadlo, oh príncipes de Huexotzingo:
¡aunque fuera de jade, aunque fuera de oro,
también habrá de ir a donde están los descarnados,

también habrá de ir a la región del misterio:
todos pereceremos, no quedará ninguno!”

Del Manuscrito de Cuauhtitlán nos impresiona particularmente este verso que se repite como “ritornello”:

“¡Viniste a ver lo que quería tu corazón:
la muerte a filo de obsidiana!”

En el *Popol Vuh* se nos habla de “El árbol de las calaveras”. Los objetos redondos que cubren las ramas del árbol no son más que calaveras. Esas calaveras empezaron a reproducirse, entre las ramas del árbol, cuando pusieron la cabeza de Hun-Hunahpú. Después, el fruto redondo estaba en todas partes. Una voz del árbol le dijo a una doncella curiosa tras lanzarle un chisguete de saliva en la palma de la mano: — “En mi saliva y mi baba te he dado mi descendencia. Ahora mi cabeza ya no tiene nada encima, no es más que una calavera despojada de la carne. Así es la cabeza de los grandes príncipes, la carne es lo único que les da una hermosa apariencia. Y cuando mueren espántanse los hombres a causa de los huesos”.

En el libro de *Chilam Balam de Chumayel* hay un agudo sentido de la fugacidad: “Toda luna, todo año, todo día, todo viento camina y pasa también. También toda sangre llega al lugar de su quietud, como llega a su poder y a su trono”.

En el mito y época de los coras (*Majakuagymoukeia*) Nayaupa, padre de los dioses, no podrá testificar contra su pueblo, ya que su pueblo lo alimenta con grandes safricios y suntuosos holocaustos. El pueblo se halla constantemente delante de El. En la larga línea de los sacrificios aguarda turno el último de todos los héroes vencidos: Tzaput. En vano trata de escapar a la fatalidad. El más limpio de los tajos desprendió de los hombros su cabeza. Después vendrá la acostumbrada manducación del héroe.

En el poema de Tenochtitlán intitulado: “He bebido vino de hongos”, se apunta con triste laconismo el final destino de todos:

“Como vosotros, yo también lo sé:
¡Una vez se nos va nuestra vida!
En un día nos vamos, en una noche es el despojo final;
aquí sólo hemos venido a conocernos,
sólo a tener en préstamo la tierra”

En el poema de Chalco se llora la partida sin regreso de Ayocacán allá do están los descarnados:

“¡No dos veces nos vamos:
una sola vez para siempre nos vamos!
Me pongo a llorar lleno de tristeza:”...

En la Epica Náhuatl, Quetzalcóatl desciende al mundo de los muertos, rescata huesos preciosos y derrama su sangre sacada del miembro viril sobre los huesos molidos por Quilaztli. Luego todos los dioses hacen penitencia. Y nacen los mercedidos de los dioses.

La muerte de Quetzalcóatl (Manuscrito de Cuauhtitlán) culmina, cuando cesaron de arder sus cenizas a la orilla del mar divino, en la ascensión a la altura del corazón quetzalcoatleano. Ocho días más tarde aparece como magna estrella instalada, para reinar, en la bóveda celeste.

Netzahualcóyotl, el poeta, le canta al Dador de la vida que nos enloquece, nos embriaga y no tiene amigos; que se muestra arbitrario y nos atormenta con esa arbitrariedad. “¿Eres tú verdadero?”, pregunta el poeta al Dador de vida. Sobre tan incierta y endeble base teológica, no resulta extraña la angustia del mundo y la desdicha en la tierra. En el poema: “Ay, solo me debo ir...”, Netzahualcóyotl tematiza la angustia del pueblo náhuatl:

“Solamente se viene a vivir
la angustia y el dolor
de los que en el mundo viven...
¿alguien ha de ver cesar
la amargura, la angustia del mundo?”

Lo único cierto, indubitablemente es la muerte, la flor lucha en vano contra la muerte. ¡Belleza efímera!

El virreinato católico de Nueva España y la República laica e independiente de México son dos configuraciones políticas de una misma nación. Aunque Nueva España sea ininteligible sin el mundo indio —presencia manifiesta o secreta en la cosmovisión novohispana—, sus rasgos decisivos en usos, costumbres, estructuras políticas y familiares, artesanías, formas económicas, leyendas, mitos y fe, auténtica, fe religiosa provienen de España. Una cosa es que no sea igual a España —por algo se llama la Nueva España— y otra cosa es que no se parezca. La influencia de las órdenes religiosas

y del clero secular era muy grande, aunque no gozaran del poder político. La ortodoxia era hondamente vivida por la sociedad novohispana. Por eso el posterior anticlericalismo jacobino fue declamatorio. La evangelización fue la justificación de la Nueva España. Una evangelización que se hizo con temple español, no con temple musulmán. Cada persona y cada grupo tenían clara conciencia de servir a un propósito de orden general y universal que los trascendía. No fueron Descartes y el jansenismo de Port Royal, sino Vitoria y Suárez quienes formaron nuestra conciencia. Una conciencia sinceramente católica, como la que se da en Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, no tiene por qué confundirse con las “trampas de la fe”. No confundamos la defensa del derecho de la mujer al saber —un saber que se armoniza con la fe— y las dificultades con algunos jerarcas eclesiásticos de aquella época, con las trampas de la fe. Sor Juana, aunque no haya sido una santa, fue una mujer hondamente religiosa. Cara a su muerte, el llamado de Dios pesó mucho más que el llamado de la cultura mundana. Hay quienes hubiesen querido que Sor Juana hubiese desobedecido ese “extraño” llamado y no hubiese llegado a esa “extraña” conversión para no ver convertida a Sor Juana en una “obtusa penitente”. No creo que sea necesario esperar el juicio final para ver quién es el verdaderamente obtuso: el que se convierte y hace penitencia en amor-ofrenda y en perspectiva escatológica, o el que se recluye en la cárcel de su egolátrica soberbia ante la situación-límite de la muerte.

En “Diuturna enfermedad”, Sor Juana califica a la muerte de homicida:

“¿Quién te ha quitado el nombre de homicida,
pues lo eres más severa, si se advierte
que suspendes el alma entretenida
y entre la infausta o la felice suerte
no lo haces tú por conservar la vida
sino para dar más dilatada muerte?”

La “Décima Musa” no quiere sucumbir ante el engaño colorido del arte, de los falsos silogismos, de la lisonja y de los afanes cauducos. Cara a la muerte, advierte la vanidad de lo mundano. Hay sabiduría en este poema:

“Este que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido:

éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido;

es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento delicada;
es un resguardo inútil para el hado;

es una necia diligencia errada;
es un afán caduco; y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada”.

Juan de Arriola canta al triunfo del Amor desnudo sobre el dolor y la muerte, en su poema “Santa Rosalía ve a Jesucristo en el espejo”:

“Quedó del prodigio aborta,
ocupada del espanto
y entre las ondas del llanto
envuelto el dolor aborta.
¿Qué importa, hay de mí, qué importa
—decía con el llanto mudo—
que me adorne ricamente
si en un cadalso inclemente
he visto al Amor desnudo?”

Fray Alonso de la Veracruz, O.S.A., padre de la filosofía en México y en el Continente Americano, enseñaba, desde su cátedra de la Universidad de México, que “el entendimiento conoce las cosas materiales y corporales abstrayéndolas de los fantasmas; informado por la especie del inteligible universal puede conocer no sólo lo universal, sino también lo singular. El alma racional, cuando está separada del cuerpo, entiende por las especies que el mismo Dios le infunde y por el hábito de ciencia que permanece en ella; pero naturalmente no puede conocer las cosas que en la tierra suceden entre los vivos”. Este tipo de pensamiento —filosofía rigurosa— jamás había sido escuchado entre los indios. “No sólo la religión, también la filosofía nos persuade de que no todo termina con la muerte”. “Los accidentes propios nos llevan al conocimiento discursivo de la substancia separada... Como por el movimiento regular y continuo del primer motor se concluye la existencia del mismo, ya que la operación sigue al ser, se demuestra también la existencia de la substancia, aún separada —explica el filósofo de la Orden de San Agustín y

Doctor por la Universidad de Salamanca —, a través de su manifestación accidental”⁹.

El novohispano, como buen cristiano, sabe que la muerte es disolución o resolución en que se abandona la tienda o la casa terrestre. No ignora que la muerte es una pena del pecado. En la Nueva España no había un horizontalismo sin perspectiva escatológica. No es que se desconociesen los problemas ingentes del mundo y de la justicia social, pero se sabía muy bien que nuestro tiempo último de prueba es la vida terrena. El árbol cae hacia el lado que está inclinado. Lo dice la Biblia: “Sea que caiga al mediodía o al norte, queda en el lugar que ha caído” (Ecl. 11, 3). Para el novohispano la muerte no es el “espantable agujero negro donde todo se hunde”, sino la puerta de oro que da acceso a la felicidad interminable. La pintura, la poesía, el teatro y la escultura de la Nueva España están saturados de religiosidad, de postrimerías, de trascendencia vertical. Lo mismo encontramos un patético temor al infierno que un preguisto de la plena bienaventuranza. El cristiano de la Nueva España está convencido de que ha de pasar por la “desnudez intermedia”: aguardar, en el Sheol, la Parusía. San Pablo expresa que los muertos —antes de la Resurrección— están como “dormidos en Cristo”, “aletargados en el Señor”, Pero no se trata, en manera alguna, de vacío psicológico o de inconsciencia, sino de una atención concentrada, volcada hacia el interior. La descorporeización transforma las pasiones en puros anhelos espirituales y trae como consecuencia una atención estática. “Ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna. El Señor mismo será tu eterna lumbrera y Dios será tu gloria” (Is. 60, 19). A la mundana visión especular seguirá la divina visión intuitiva. Seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es”, dice San Juan (Jn. 3, 2).

En conclusión: el novohispano ve en el morir el acto que decide, definitivamente, la suerte eterna de cada hombre. Bajo esta luz, resulta fácil comprender aquellas palabras de San Pablo: “La momentánea y ligera tribulación nos prepara un paso eterno de gloria incalculable” (II Cor. 4, 17). ¡Qué distante visión novohispana de la muerte de aquella desolada, pedante y atea cosmovisión de un Ignacio Ramírez, “el nigromante”, tan despegada de la sabia religiosidad de su pueblo! Por graves y grandes que sean los males temporales, los puede aliviar la esperanza de la salvación eterna.

En los romances populares de México se advierte el contraste —trágico, las más de la veces— entre vida y muerte.

⁹ *Investigación filosófico-natural*. Los libros del alma, I y II, Introducción, versión y notas de Oswaldo Robles, pág. 32, imprenta universitaria, México, 1942.

Un pueblo, como México, que ha pasado por una larga y cruenta Revolución, no se asusta ante los cadáveres. A veces los contempla con impasibilidad parnasiana. Ahí está el "Ejemplo" de Salvador Díaz Mirón:

"En la rama el expuesto cadáver se pudría,
como un horrible fruto colgante junto al tallo,
rindiendo testimonio de inverosímil fallo
y con ritmo de péndola oscilando en la vía.

La desnudez impúdica, la lengua que salía,
y alto mechón en forma de una cresta de gallo,
dábale aspecto bufo; y al pie de mi caballo
un grupo de arrapiezos holgábase y reía.

Y el fúnebre despojo, con la cabeza gacha,
escandaloso y tímido en el verde patíbulo,
desparramaba hedores en brisa como racha,

mecido con solemnes compases de turíbulo.
Y el sol iba en ascenso por un azul sin tacha,
y el campo era figura de una canción de Tíbulo.

Después de leer a Kempis, Amado Nervo, siente que todo acaba, que todo muere, que todo es vano. El pálido asceta del yermo le ha causado una enfermedad que no tiene remedio.

Enrique González Martínez siente, por su parte, una quietud ambigua:

"Una tenue fragancia de la gloria que pudo
ceñir a nuestras sienas un gajo de laurel...
Y ser como un guerrero que levantó su escudo
y que a la postre vuelve recostado sobre él...

¡Y sentir que la vida febril desencadena
muy lejos de nosotros su colosal turbión,
y pensar que la amamos y que ahora resuena
como un toque de ánimas dentro del corazón!"

La muerte está en todas partes. La encontramos por caminos ignorados y se convierte, de pronto, en envoltura, en materia de diamante luminosa, eterna y pura. Es preciso no dormir para que al verla llegar lenta y apagada, podamos, sin sombra de sueño, saber que de la muerte nos adueñamos. Se trata de morir despierto. El

mexicano sabe que la muerte no viene desde fuera, que la lleva prendida a las entrañas. Enrique González Martínez nos lo dice con su habitual hondura poética:

"Si te llevo en mí prendida
y te acaricio y escondo;
si te alimento en el fondo
de mi más secreta herida;
si mi muerte te da vida
y goce mi frenesí,
¿qué será, Muerte de ti
cuando al salir yo del mundo,
deshecho el nudo profundo,
tengas que salir de mí?
En vano amenazas, muerte
cerrar la boca a mi herida
y poner fin a mi vida
con una palabra inerte

¿Qué puedo pensar al verte,
si en mi angustia verdadera
tuve que violar la espera;
si en vista de tu tardanza
para llenar la esperanza
no hay hora en que no muera?"

Sitio, diluvio, muerte sin fin, enredadera, agonizante, son, más que nombres de poemas, asedios al misterio de la muerte, formas de incorporar existencialmente a la vida la idea de la muerte.

Extensos y variados ritos conmemoran, en México, el día de los muertos. Calaveras de azúcar y chocolate con diversos nombres grabados en la frente, coronas de flores y grandes y exquisitas viandas de platillos típicos mexicanos, pan de muerto. . . Todo en honor de los ausentes, visita a las tumbas, con todas las ofrendas, el día 2 de noviembre, rezos por el buen descanso del alma del ser querido. Vastos manteles y adornos de papel de china. Y a veces todo el día "acompañando" a sus difuntos para que, en la noche, puedan "olfatear" los variados platillos que se han ofrecido en el altar de los muertos. Tradición azteca injertada en el México mestizo de nuestros días. En el estado de Oaxaca, los chiquillos juegan a la luz de las velas, el "ancla" y la "oca", mientras que los mayores cantan a cada tumba y se rocían con agua bendita. Una banda lastimera entona las "Golondrinas" y "Dios nunca muere". Los familiares de los difuntos retribuyen a los cancionistas y a los músicos con un rega-

lo en comida, cerca de la media noche. En la ciudad de Puebla y en la ciudad de Toluca se elaboran, con fina mano de artesano, altarcitos en madera y papel picado, con calaveras de azúcar y panes, frutas y verduras de jamoncillo (pasta de pepita de calabaza) y palomitas de dulce. Los niños difuntos merecen adornos de altares especiales con dulces de "alfeñique". Por ahí podemos ver canastitas de flores, animalitos, zapatos, ánimas y ataúdes.

En Celaya, Guanajuato, se forjan figuras de calaveras de cartón engomado y policromado. Y en la ciudad de México se contemplan entierros hechos con cartón y garbanzos formando la comitiva de frailes que cargan al difunto en su féretro, al lado de la viuda y de los dolientes, pegados en una tira de papel. Y ahí están, también, los coloridos y típicos altares de muertos con viandas, manteles, adornos y, con frecuencia, el retrato del difunto. Y podríamos seguir enumerando tradiciones, costumbres. Es una manera de respetar y venerar a los antepasados que el pueblo mexicano externa con su peculiar expresividad colorida y barroca. La muerte vive en el pensamiento del mexicano, porque la siente inseparable de su ser. Tarde o temprano parirá esa muerte personalísima e incanjeable que es la liquidación existencial limpia, sin trampas. Más vale —piensa en su interior el mexicano— irse familiarizando con la muerte. Por eso hace bromas, fiestas, caricaturas, epigramas para el amigo o el enemigo. Acaso familiarizándose con la idea de la muerte, el morir nos resulte más benigno. Pero el mexicano nunca deja de temer — como cualquier ser humano — a la muerte. La tradición literaria de las "Calaveras" muestra un envío de la muerte al otro, un torear a la "calaca". Se sabe que la muerte nos vencerá, tarde o temprano. ¿Por qué no aceptarla en forma familiar? El mexicano lo hace bromas, fiestas, caricaturas, a esa muerte que se le presenta como inevitable. Es una forma de defenderse ante una situación-límite. La gente del pueblo piensa que la muerte le será más benigna si la tiene contenta, si juguetea. Las "Calaveras" son signo de amistad aunque nos ironicen y nos pierdan el respeto. Hay que agradecerlas porque la intención festiva lleva cordial cariño más allá de la broma aparentemente tóxica:

"Yace aquí don Silvino Jaramillo,
que en la vida fue, como todos, un gran pillo.
Como era un buen músico y por andar de malora,
la muerte se lo llevó a que le toque la tambora."

Son "calaveras" hechas por el pueblo, por gente sencilla la mayoría de las veces, sin conocimientos de preceptiva literaria.

Burla, gracia, cuento, inspiración poética son actitudes del mexicano que, en el fondo, sabe muy bien lo que es la muerte. Tras la organización del festín está el abismo del misterio. Esa muerte caricaturizada o enaltecida es motivo constante de manifestaciones artísticas. La gran poesía mexicana es pródiga en poemas — de los mejores de la lengua castellana, algunos de ellos — sobre el tema de la muerte. José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Octavio Paz, Jaime Savines, Elías Nandino y muchos otros tematizan, con profundas intuiciones poéticas, ese drama extraño y difícil, ese riesgo inevitable, esa liquidación existencial definitiva. A la muerte en México la visten de charro, se le come en calaveras de azúcar, se le insulta, se le difama y se le rinden honores. Drama y risa. Bailes zapateados con máscaras burlonas y listones coloridos. Cantos como "La llorona" y la "Niña de Guatemala que se murió de amor". Ha dicho Octavio Paz que "en Nueva York, Londres y París la palabra muerte no se menciona; en cambio el mexicano duerme con ella y es su juguete preferido".¹⁰ La frase, aunque hiperbólica, tiene un fondo verdadero. La tradición paganoindígena perdura en pequeños municipios. En el sur del estado de Nuevo León, municipio de Zaragoza, la gente coloca en un rincón de sus casas una charola con calabaza, camote, chayote, elote, tejocote, a un lado de las cañas y un vaso de agua. Se dicen rezos por las ánimas o se reza un rosario mientras las veladoras —según el número de muertos— destellan su tenue luz. A la mañana siguiente, el alimento dedicado a los muertos se regala entre la gente más necesitada. El pueblo se dispone a asistir a la misa en el panteón de Zaragoza. El domingo por la noche, cientos de niños y jóvenes, "piden el muerto" en pequeños grupos. "Alguien se cobija una sábana blanca, toca a las puertas y, cuando sale el morador, se deja caer al suelo, en tanto que todos gritan: "El muerto, el muerto". Después rezan una oración y cantan una tonadilla: "Del cielo bajé rebote y rebote por interés de un camote". No se trata de pedir camote, sino lo que el casero pueda dar: alguna naranja, un puñado de cacahuates. El panteón se limpia y se arregla. La gente se viste de negro y porta su respectivo velo, aunque su deudo tenga mucho tiempo de haber muerto. Flores silvestres de color amarillo son depositadas dentro de floreros de mimbre.

Nuestro México emotivo y trágico tiene presente a la muerte no tan sólo el día de muertos, sino día a día en sus canciones, en sus charlas, en las coplas del bardo anónimo. Si la muerte es inevitable, por qué no asumir desde ahora la idea de que tenemos que morir. A veces parece fatalismo, pero en el fondo es clara conciencia de que

¹⁰Opus cit., p. 52.

la muerte es puente para la otra vida, la mejor, la que perdura eternamente. La familiaridad del mexicano con la muerte es la otra cara de la fe cristiana en la resurrección.

Dr. Agustín Basave Fernández Del Valle

Rector Emérito de la Universidad Regiomontana; Presidente de la Sociedad Católica Mexicana de Filosofía; Catedrático de Metafísica y de Antropología Filosófica.